

---

## LAS SAMARITANAS

---

SERMON DE CARIDAD,  
PRONUNCIADO EN LA IGLESIA DE LA CARIDAD  
EN LYON,  
EL 17 DE ENERO DE 1893.

---

*Non est mortua puella ....*  
¡Esta joven no está muerta!  
(Mat., IX, 24.)

Conocéis bien, mis muy queridos hermanos, la hermosa página del Evangelio de la que tomo este texto. Van á avisar á Jesús que una jóven, conocida en la ciudad y amada de todos, se encuentra gravemente enferma. El Maestro se pone en camino para ir á curarla. Y hé aquí que, al encaminarse corren á su encuentro para advertirle que es ya tarde, pues la pobre jóven acaba de morir! Ya, los vecinos aflijidos, los amigos avisados, precipitadamente se han dirigido en masa hácia la casa visitada por aquella desgracia. ¡Ah! todo está perdido, todo ha concluido: nada queda de tanta juventud, de tantas virtudes: "¡ha fallecido ya!"



Jesús, no se perturba al ver aquella desesperación, sigue adelante, sonriendo, tal vez con aquella dulce sonrisa de la omnipotencia que sabe bien lo que hay y lo que va á hacer. Hace á un lado á las mujeres llorosas y á los parientes desesperados y penetra en la triste casa diciendo: ¡No: ésta joven no está muerta!" "*Non est mortua puella.*" Me parece, mis queridos hermanos, que una contradicción análoga se produce acerca de las desdichadas jóvenes que llamais Samaritanas, y en interés de las cuales, nos encontramos hoy reunidos aquí.

Desde el punto en que la virtud de una joven ha caído, ó mas bien, desde que su deshonor se hace visible, la sociedad pronuncia su exclusión irrevocable de la vida social y su destitución bajo el punto de vista del honor. Exclama con ese implacable acento de austeridad que es el propio de la hipocresía—«¡está muerta!»—Todo ha concluido: ya no hay lugar para ella en la sociedad que se respeta: ya no tendrá parte en los goces honestos del hogar: ninguna esperanza de rehabilitación le queda. "Está muerta y solo nos resta enterrarla bajo el desprecio público."

¡Así discurre el mundo!

Felizmente—¡y sea por esto bendito el Evangelio!—frente á frente del mundo se levanta otra sociedad. Se encuentran ciertas almas, y esas almas son las vuestras, Señoras,—que protestan contra semejante crueldad, y no quieren la muerte del pecador. Y decís vosotras: "no, no está todo perdido irremediablemente en la existencia de esas desdichadas. No son de aquellas que hacen del vicio su pan cotidiano. No han

"dicho á la corrupción, según la enérgica frase de las "Escrituras:—«¡te pertenezco!»<sup>1</sup> Están en su primera "falta: falta en la que la seducción, la ignorancia, el "candor, tienen frecuentemente tanta parte y tan grande. Ahora se arrepienten. Grandes deberes que cumplir en su próxima misión maternal las esperan y "ahí donde hay grandes deberes que llenar, hay lugar "para ejercer grandes virtudes. En fin, nosotras creamos en la virtud y en el poder de la caridad; <sup>2</sup> las "tendéremos la mano, les abriremos las puertas de los "tesoros del Evangelio. Puesto que les queda todavía "sed de honradez y de virtud, las conduciremos al "pozo de la Samaritana, cerca del cual corren todavía las aguas que brotan hasta la vida eterna. <sup>3</sup> Las "volveremos así al camino de la honra, convirtiéndonlas á Dios. En verdad, lo afirmamos, con el Divino "Maestro: ¡esas mujeres no están muertas! "*Non est "mortua puella!*"

Hubiera querido, hermanos míos, para dar más autoridad á este programa de misericordia, rendir al pasar un saludo en homenaje á la caridad y á las virtudes de las que han emprendido realizarlo. Se me rogó con instancias que no lo hiciese: me someteré, pues, á ese deseo, cuya modestia merece un elogio de más, y me consolaré del silencio que se me impone, reflexionando que la generosidad, la fé y la abnegación de los iniciadores de «La Samaritana» no necesitan de mis humildes elogios, ni para alentarse, ni para ser conocidos.

<sup>1</sup> Job, XVII, 14,  
<sup>2</sup> Juan IV, 16.

<sup>3</sup> Juan, IV, 14.



\* \* \*

Con respecto á la mujer que se hace madre fuera de la ley moral, el mundo es tan bestialmente absoluto, cuanto cabe en lo posible. Nunca dice: fué engañada, es débil, es miserable; solo dice: ¡está muerta!

Y esto, en la intención mundana, no es tan solo una observación sino también una sentencia.

Pues bien, hermanos míos, esta sentencia en el sentido que le dá el mundo, en las condiciones en que la pronuncia y en razón de la ejecución de que será seguida, esa sentencia es una palabra abominable!

Y para probaros esto, para hacer que detesteis ese farisaismo, tanto mas cruel cuanto que nace de los espíritus más corrompidos, me bastará mostrar la parte de responsabilidad que recae sobre el mundo, por la caída de nuestra madre Eva.

¿Qué es el mundo?

Una sociedad.

Una civilización.

Un poder.

\* \* \*

¿Que es lo que la sociedad ha hecho por las Samaritanas? ¿En qué ha socorrido sus necesidades, protegido su debilidad, alentado sus virtudes? Porque, en fin, solo tiene derecho para mostrarse severo, aquel que ha hecho beneficios: solo puede condenar el que ha agotado toda su bondad, toda su caridad, para evitar

la falta cometida. Pregunto yo:—¿tiene la sociedad premios para la virtud, tiene piedad de los débiles que la miseria ha orillado á sucumbir? ¡La sociedad! —En ninguna época del cristianismo ha merecido tanto como en nuestros días, estos dos estigmas que le infligió San Pablo, cuando se revolcaba aquella en el cieno del paganismo: «*absque foedere, sine misericordia*»<sup>1</sup> ¡sin equidad, sin entrañas!

¿Dónde está, decidme, bajo el punto de vista especial de la moral y de la virtud, dónde está la equidad social? ¿A quién da la sociedad la fortuna y con ésta todas las comodidades y honores? Bien sé que se llega á veces á la fortuna aunque se sea virtuoso: si fuera de otro modo, la mayor parte de los que me escuchan no tendrían á la hora de ésta, entre sus manos, los bienes de que tan excelente uso hacen. Mas hecha esta salvedad ¿para quiénes son, hablando generalmente, las grandes prosperidades? Si pudieseis ver juntos al entrar á una misma carrera y dotados de una inteligencia igual á un buen cristiano y á un bandido ¿dudaríais siempre en designar á aquel de esos dos, que tendrá la mayor probabilidad de llegar á todas las fortunas, inclusive la fortuna política?

No insistiré en esta apreciación general: me basta que sea verdadera, y saco esta conclusión que no hay en esta sociedad mundana premios para la virtud, es decir: protección alguna: ¡al contrario!

Entre tanto, los que son débiles, tímidos, poco armados para sostener los terribles y heroicos comba-

<sup>1</sup> Roman, I, 31.



tes por la moral, se ven obligados, si son pobres, á arrojar en medio del torbellino social y á descender á esa arena inícu; á plegarse al abominable orden de cosas, pues que están precisados á ganarse el pan. En las Santas Escrituras, se llama frecuentemente al pan que se gana, "alma," y ésta palabra encierra una profunda verdad, bajo el punto de vista que nos ocupa: mientras más precaria es la existencia de los desdichados, más se ven expuestas sus almas á todo género de peligros, más tienen que someterlas á abrumadoras labores y más tiranías pasan sobre sus espíritus.

Mirad lo que pasa con las infelices mujeres por las que aquí nos interesamos.

La sociedad les abre, principalmente, las puertas de tres carreras en las ciudades: les brinda tres empleos distintos, gracias á los cuales les será posible vivir, es decir, tener un poco de pan: el taller ó la fábrica, el almacén y la domesticidad. Ahora bien, ¿qué es lo que las espera en estos tres empleos? La fábrica, —¡oh, no quiero ser injusto! Hay patrones cristianos, que ven en el *cuerpo* de la obrera, algo más que una máquina, y conocen el precio inestimable de las almas, aún bajo la pobre vestimenta del jornalero; pero hay muchos otros que no piensan así y á éstos son á los que me refiero. Pues bien, digo que con estos últimos, el taller ó la fábrica, es casi siempre bajo el punto de vista moral, el más abominable pandemonium que se pueda imaginar. ¿Creis que ahí solo se fabrican objetos manufacturados y que se contentan con trabajar la madera, el fierro ó las fibras téxtiles . . . . . ¡es un error! lo que principalmente se labra es la desmoralización y

el pecado: algunas almas inocentes, algunos corazones puros entran ahí, de vez en cuando, para salir á veces inconocibles de corrupción y de cinismo. Mientras que la materia inerte es trabajada ahí por el hombre, la materia divina es trabajada por el infierno. Basta encontrarse diez años después de haberlas preparado para la primera comunión, con multitud de jóvenes que han permanecido en los talleres ó fábricas, para reconocer y saber cuan dolorosamente cierto es lo que dejamos dicho.

¡Es una ley esa! Existe ahí una corrupción *ambiente* que obra sobre el organismo moral; como hay gérmenes infecciosos que deterioran nuestro ser físico. Ahí, sobre todo, donde la acumulación es compacta, la atmósfera se vicia más intensamente. Bossuet decía: "muchos hombres son insensatos y perversos; pero el mayor mal consiste en que nadie quiere ser insensato ó perverso aisladamente, y hace cuanto puede por "estar acompañado." Tal es la ley nefasta de los colegios sin Dios, como también de todas las otras asociaciones. ¿Por qué queréis que no sea lo mismo en los talleres ó las fábricas?

Mucho se ha dicho y con razón, de los peligros que podían correr en los cuarteles las almas de los seminaristas.

Se ha demostrado cómo, aún en un corazón estrictamente conservado puro, el nivel tan alto de la perfección y de la pureza sacerdotal estaba expuesto á bajar en las almas de los levitas, obligados á vivir en las cuadras de los cuarteles. Vosotros sabéis que no hay exageración en esos temores. Mas entonces, de-



cidme, ¿qué se debe pensar de los riesgos que correrá una pobre muchacha del campo, que entra repentinamente en pleno foco de corrupción? Cierto es que el seminarista llega al cuartel con la inconstancia relativa de su edad y la efervescencia de sus veinte años; pero ¡qué superioridad de inteligencia, que vigorosa instrucción, qué armadura espiritual tan resistente, le proporciona una educación completa, cuyo fin ha sido hacerlo fuerte contra el demonio, contra el mundo, contra los espíritus y caracteres que lo rodean! La infeliz jóven arrojada á menudo léjos de sus padres, en medio de las corrientes impuras que deshonoran á las grandes ciudades ¿qué posee de todo esto?

Sin duda tiene su religión, el recurso de la oración al que crea la blancura de los lirios y la castidad de las vírgenes: puede, pues, luchar y vencer también. Pero si llega á vacilar en medio de esa atmósfera infestada que tiene por fuerza que respirar, entre esas sugerencias abominables que tiene que soportar, de ese lenguaje cínico, ante el cual su timidez y su debilidad lo desarman, reflexionad que ese corazón era cándido y esa alma era ignorante y concededle una poca de piedad.

Rendid los homenajes de vuestra admiración á aquellas que se conservan puras, veneradlas como á santas, como venerais á esas vírgenes mártires, que los emperadores romanos condenaban á ser llevadas á lugares infames y salían intactas; pero para las otras, para las que cayeron y se arrepienten ¡ah!—no seais más severas que el mismo Maestro, y obrad con ellas [lo que es vuestra misericordia] la caridad!

\* \* \*

La relajación de la sociedad solicita con mayor insolencia todavía á las pobres muchachas que ganan su vida trás del mostrador de los almacenes.

No quiero alargarme y voy derecho á los hechos: en el almacén ó tienda, escuchan las declaraciones, descubren las intrigas, cómo son los secretos de ese vasto sistema de iniquidades y de descarríos y gracias al cual, algunas mundanas llegan á cubrir con brillantes oropeles los misterios ocultos de sus fortunas.

Vosotras, Señoras, las que me escuchais, sois puras y honestas, pero á pesar de vuestra caridad sois demasiado inteligentes para no conjeturar siquiera, que existen esos miserables secretos del vicio vanidoso y de la coquetería sin costumbres. Sabéis mejor que yo, á qué precios de vergonzosos comercios, de estratajemas sin nombre, la seda y el terciopelo, envidiados, adornarán los cuerpos de mujeres que no tienen otra estimación que la que usurpan por su hipocresía. Sabéis que esas intrigas, sobre las cuales arroja un velo espeso y complaciente el mundo por lo que llama las conveniencias exteriores, sabéis, repito, que llega un momento, en que es preciso revelarlas á los mercaderes, á los proveedores de lujo. Llega un día siempre, en que es preciso confesarse á su mercader de modas y declarararle cuál es la mano ilegítima que paga esas locas prodigalidades. Pues bien, entre el mercader y la mundana sin honra y sin pudor, se encuentra colocada la inocencia, la miseria, la envidia, tal vez, de la pobre dependiente, escandalizada, perturbada, y



tentada por tal espectáculo. Está obligada esa infeliz, cuya pobreza ha debilitado su espíritu, á presenciar, sin sentir vértigos el paso de ese torbellino de desmoralización. Es preciso que esa criatura de carne, á la que su misma virtud hace la vida más dura y más difícil, aprenda sin pestañear por medio de qué infamias se codician y se obtienen esas ricas telas que todo el día maneja y de las que está encargada de hacer resaltar el primor y el valor. Es honrada, sí, y por esto es que se encuentra ahí en una actitud respetuosa, obediente, casi suplicante, ante una miserable é insolente criatura cuya superioridad proviene únicamente de que no se detiene ante la vergüenza de tráfico alguno! . . . . ¡Ah! mañana cuando esa honrada muchacha haya caído, el mundo la arrastrará por el lodo, la despreciará y la condenará á morir de vergüenza y de hambre.

Pues bien, hermanos míos, oidme: nosotros continuaremos condenando el pecado; pero diremos á la pecadora: «Levántate.»

La reconciliaremos con Dios, le daremos nuestra estimación en pago de su arrepentimiento, mientras que continuaremos, sin aceptar jamás una reconciliación con él, á maldecir el mundo; á fulminar con nuestro Divino Maestro, trémulos de indignación: *Vae mundo!* ¡Maldito mundo! é infeliz de él á causa de sus escándalos, porque es por sus escándalos por lo que se pierden tantas almas inocentes!

\* \* \*

Y ¿qué os diré, mis queridos hermanos, de la do-

mesticidad, de la condición servil, ahí donde el hogar no es cristiano, donde el desorden se revela sin atenuación y sin velos? Bien lo sabéis: en esas moradas donde la moral evangélica, huésped que no vive ahí jamás, el desorden brilla en toda su fealdad. Los criados de la casa, cuya envidia aguza la perspicacia y la malicia, saben todo, dan detalles de todo, lo comentan todo. Vierten en sus obscenos chistes de lacayo los desprecios y las injurias que vengan al resto de la sociedad de la hipocresía de sus patrones, y la pobre muchacha ahí está siempre: no basta que esté condenada á meter sus manos en el agua sucia y grasienta de la cocina, porque no hay oficio despreciable; sino que es preciso que su espíritu también sea sumergido, henchido del día á la noche, con todas las inmundicias morales, de las que contempla unas veces el espectáculo y otras escucha las narraciones! Y con todo eso, aún la supongo respetada por su amo, la supongo defendida por la humildad de su condición contra los deseos de los que la tienen en su poder. ¿Qué se pudiera decir, á qué discurso indigno de vuestros oídos, sería preciso lanzarse si quisiésemos medir el peligro en que la pone ese bajo instinto, al que la literatura ha bautizado con un nombre casi correcto y que se llama la «*pasión ansilaria?*»

Hé aquí todo lo que la sociedad ha hecho por esas infortunadas, que al día siguiente de su caída aplastará con su desprecio, con sus *pedradas*. Dios ha dicho al hombre: "ganarás el pan con el sudor de tu rostro." —No ha dicho: "lo ganarás al costo de tu salvación y de tu honra."—Lo que Dios no dijo, lo dice el mundo



sin avergonzarse, lo impone el mundo, y á las que van á pedirle el pan, no solo les pide en cambio su sudor, sino que les exige lo más á menudo, el sacrificio de sus almas. El pan escaso y trabajosamente ganado que les da, está comunmente envenenado, es un pan untado con corrupción! De este modo, el mundo parece parodiar las palabras del Creador, y decirles: "Comerás tú pan; pero al precio de tu inocencia, de la pureza de tu cuerpo, de tu salud eterna!

\* \* \*

Véamos ahora, lo que el mundo en tanto como *civilización*, ha hecho por las Samaritanas.

Observad que, sin hablar de la civilización verdaderamente cristiana, cuyo ideal es el orden moral, ha habido civilizaciones paganas que tendían á elevar los espíritus y á desarrollar la virtud. Así la civilización ateniense, aunque muy corrompida tenía cierto culto por la verdad y lo bello, que hizo al pueblo griego superior á tantos otros pueblos; y á pesar de lo que se ha dicho, fué gran nación en el orden intelectual la que buscaba los refinamientos del espíritu y las delicadezas de la educación artística hasta en las cortesanas. Los espartanos duros y feroces, tendían por su austeridad y sus ásperas virtudes á la sublimidad del heroísmo. Los romanos ponían hasta en la opresión una altivez y una majestad que hicieron aceptar por el universo el peso de su autoridad y su férreo yugo. Aunque en todas partes, en esas civilizaciones se mezclase la corrupción, (porque cuando la sal, que es Jesucristo, falta al mundo, éste camina á una descomposición fatal), ninguna de ellas nos parece carecer de cier-

to ideal y grandeza. Mas pertenece á las civilizaciones modernas perder más y más toda ambición honorable y al mismo tiempo, todo elemento de conservación moral. Parece que Dios quiere castigarlas de su apostasía, por la cual se tornan al paganismo, condenándolas á más inevitable y más completa corrupción. Así es porqué nuestra civilización no parece tener mas que un solo objeto: hundirse en los goces materiales.

Por más que se haga, todo se resiente de esa tendencia universal al sensualismo: todo lo que pasa, todo lo que se refiere, todo asunto que se escribe, todo cuanto se anuncia en las esquinas, todo cuanto se representa en los espectáculos públicos, todo, en fin, cuanto se vé! Las virtudes evangélicas están y léjos muy léjos de nuestras sociedades: por acaso, la misma honradez, la probidad elementaria, que arranca de las raíces mismas del honor ¿no tiende de día, en día á convertirse en una quimera?

Ahora bien, todo ese conjunto constituye además, para los que quieren permanecer puros un espantoso escándalo. Lo es para vosotros, hermanos míos, que tenéis, sin embargo, un conocimiento más claro del bien y del mal, que conocéis los peligros y sabéis desenmascarar las perfidias; para vosotros, cuyo tacto moral está más refinado, más desarrollado y es reflexivo. Diré más: y puesto que se trata aquí de mujeres jóvenes, diré á vosotras, madres que me escucháis, y cuyas hijas son notoriamente honradas, delicadas y puras, llenas de repugnancia por todo aquello que no está limpio y blanco como sus almas, doblemente armadas de los hábitos de la virtud y los